

La despedida de Anne

Me palpo las carnes agrietadas y desvío la mirada de la mesita de noche hacia la ventana entornada. La sal penetra en mis fosas nasales y el cielo me saluda con semblante plomizo, atravesado de arrugas de tormenta. Mal día, me digo, negando con la cabeza. Me incorporo con un quejido sordo, me calo el gorro, unos pantalones desgastados y el chaleco impermeable. Agarro la rasca de acero y un par de sacas y me echo a andar. No desayuno. Ya almorzaré con los compañeros más tarde, mientras aguardamos a que el mar embravecido se contenga y nos conceda una tregua.

Repaso el perfil rasgado del cielo, el vuelo de las aves que se precipitan sin temor hacia las aguas revueltas en busca de comida y, casi instantáneamente, el temblor intermitente que me ha acompañado durante la noche, se extingue en un sordo rumor de huesos cansados. Hoy será mi último día como percebeira. Hoy descenderé por vez última la acentuada pendiente que descansa sobre las rocas donde, desde hace ahora más de treinta años, he puesto en juego mi entereza.

No nací aquí, en estas tierras que mueren junto al mar, devoradas cada día por las lenguas de agua que se precipitan sin descanso contra sus costados. Vine al mundo en Great Yarmouth, una pequeña ciudad costera de Norfolk, en el este de Inglaterra. Mi padre era pescador y mi madre trabajaba en la transformación y comercialización del pescado, recogiendo la cosecha que los barcos depositaban en el puerto y ahumando, congelando y empaquetando la mercancía. Mi madre, de origen escocés, llegó a Yarmouth atraída, como tantas otras mujeres, por la cosecha del arenque, especialmente abundante en aquella zona. Y allí conoció al que se convertiría en su esposo, un galés de aspecto amable y pronto a la bebida que terminó por arruinarla. Mi padre murió con las

nieves de un invierno particularmente despiadado y mi madre, que nunca se había acostumbrado del todo a la existencia sedentaria que le ofrecía la vida de casada en Yarmouth, hizo las maletas y me arrastró con ella a Galicia en busca de nuevas emociones. Nunca alcanzó a ver las abruptas costas de esta tierra maravillosa. Una extraña enfermedad se la llevó cuando nos encontrábamos a escasos metros de España. Entonces rondaba yo los veinte y no había conocido otro oficio que el de la pesca.

Mis comienzos en esta región fueron particularmente duros. En aquella época no existía una legislación que abordara el papel de la mujer en el sector pesquero y nuestra actividad era, si no invisible, apenas perceptible. Por supuesto que trabajábamos como el que más, pero eran otros tiempos y, claro, eran otros sueldos. La división de género estaba marcada por una barrera que parecía inamovible. Ellos faenaban la mar; nosotras, como mucho, la costa. Ellos recibían la formación; a nosotras sólo nos había curtido la vida. Tampoco existían las ayudas que hoy otorga la administración, ni había un sentimiento de grupo que nos hiciera sentir que formábamos parte de algo más grande. Como digo, corrían otros tiempos y cada una nos aplicábamos lo mejor que podíamos en lo que mejor conocíamos. En mi caso, fue la lonja, a la que años después abandoné por el percebe. La lonja, donde se realizaban las transacciones económicas y se transferían secretos y rumores. La única esfera del mundo pesquero que, durante algún tiempo, dominamos nosotras. Hasta que nos golpeó la crisis y las madres fueron cediendo sus puestos a los hijos con la esperanza de que, así, al menos ellos pudieran ganarle la batalla a aquel bache inesperado.

Me calo el gorro con firmeza. El salitre se adhiere a mi rostro con tanta persistencia que, cuando intento sonreír a los compañeros con los que me cruzo de camino a las rocas, solamente consigo esbozar una mueca. Noa y Julieta alzan una mano para saludarme. Junto a ellas caminan dos chicas jóvenes que han decidido

enfrentar los deseos de sus padres, escogiendo el arriesgado e inestable oficio de percebeiras. Observo divertida sus ajustados trajes de neopreno, esas prendas ceñidas y brillantes que, a mi juicio, tienen toda la pinta de ser de lo más incómodas. Sara, la más charlatana, persigue mi mirada y me espeta:

- Deberías modernizarte, Anne. Ese chaleco y esos pantalones viejos están ya pasados de moda.

Me encojo de hombros. Ya es tarde para eso, supongo.

- El día pinta mal – añade Pascuala obviando las palabras de Sara y atenta al horizonte, mientras traza círculos ominosos en el aire con su rasca.

Como una salmodia, la frase se repite en cada boca y recorre el grupo con la velocidad de un escalofrío.

- Cambiaré – aseguro, con una sonrisa confiada –. Lo siento en los huesos. Y mis huesos jamás se equivocan.
- Pues los míos llevan quejándose desde el viernes – replica Sara.
- Claro, y eso no tiene nada que ver con la juerga que te corriste con Damián y compañía, ¿eh?

Mientras descendemos por los estrechos caminos, conversamos. Así es nuestra vida. Cotidiana. Simple. Arriesgada cuando nos enfrentamos a la mar embravecida, tratando de soportar sus embistes. Feliz, de algún modo, aunque la preocupación traspasa en ocasiones nuestras pupilas sin que podamos evitarlo. La de no llegar a fin de mes cuando el percebe escasea o es tan malo que no vale la pena siquiera venderlo, o cuando las olas atacan a alguna compañera y a veces la engullen para no devolverla a tierra nunca más.

- ¿Cómo sigue Paqui? – pregunto.
- Ya sabes cómo está la cosa. Poco trabajo y mucho furtivo. Dice que las redeiras son una especie en peligro de extinción.

Y vaya si lo son. Durante algún tiempo me sentí atraída por el oficio de redeira. Al observar a aquellas mujeres en sus talleres o en la quietud de sus casas, decidí que no había en el mundo nada más hermoso. Sus dedos bailaban cosiendo y descosiendo, anudando y desanudando con una cadencia lenta y constante, hasta que lo que había sido un montón de cordones sin propósito se transformaba, como por arte de magia, en una red de perfil impecable. Por desgracia para mí, mis deseos se vieron truncados con la misma rapidez con que habían sido gestados. Descubrí enseguida que mis manos se mostraban reacias a colaborar con lo que mi mente les dictaba. Adela, una vieja a la que todos en el pueblo tenían por meiga, me confesó una tarde que el oficio de redeira había que llevarlo en la sangre. “Yo lo aprendí de mi madre, y mi madre de la suya, y así ha sido y será siempre.” Su profesión pertenecía a la esfera de la leyenda que se transmite por vía oral de generación en generación, un arte ignoto e incomprensible para los no iniciados.

El ronquido del mar cobra fuerza a medida que nos aproximamos a las rocas. No podremos subir hasta que la marea achique y las olas se calmen, así que nos sentamos sobre la arena de la playa, apretadas las unas contra las otras para entrar en calor, mientras algunos de los hombres deciden intentar pescar algún percebe con la ayuda de cuerdas. Es arriesgado. Quizá demasiado. Uno descende, con la soga apretada a la cintura y el resto del grupo, alerta, sostiene con fuerza la cuerda. Si una ola embiste, tirarán de ella para que el mar no le devore y se lo lleve a sus entrañas.

A veces se quejan. Dicen que nosotras arramplamos con el percebe fácil, el que queda más pegado a la orilla, y que ellos tienen que arriesgarse más por nuestra culpa. Pero todas sabemos que, en el fondo, ansían la adrenalina que les ofrecen esas incursiones temerarias en el mar y que, de no estar nosotras, la escena que ahora contemplamos, tendría lugar de todas formas.

- Han salido más cursos – comenta Luisa, la más callada de las dos chicas jóvenes –. Estuve echándoles un vistazo ayer por Internet.
- ¿De qué son?
- De todo un poco. Hay uno para sacarse la licencia de marisqueo, dos de nuevas tecnologías y... la verdad, no me acuerdo. Pero sí que leí que están organizando un congreso en San Sebastián sobre mujeres en el sector pesquero.
- Yo es que no me aclaro con las teclas del ordenador – replica Noa, frustrada –. Con estos morcillos que Dios me ha dado por dedos no hay manera de darle a esas teclas diminutas.

Sara y Luisa se ríen por lo bajo, pero yo no tengo por menos que darle la razón a Noa. Hace ya un par de años que me apunté a uno de esos cursos subvencionados para trabajadores. Según la profesora, sólo nos enseñaron las nociones básicas del funcionamiento de un ordenador y algunos apuntes mínimos para navegar por Internet, pero yo pensé que aprender astrofísica tenía que ser, por fuerza, más sencillo que manejar uno de aquellos trastos imposibles. Del procesador de textos y demás funciones del ordenador me he olvidado completamente, pero por alguna extraña razón, he aprendido a moverme por la red como pez en el agua. Es como si, de pronto, se hubiese abierto ante mí todo un universo desconocido, aguardando a ser explorado. Y creo que no soy la única que cree haber descubierto el paraíso en los entresijos de la realidad virtual. En los últimos meses las asociaciones de mariscadoras, redeiras o percebeiras

han proliferado en la red a la velocidad del viento y nos han facilitado la oportunidad de conversar sobre nuestras cosas, nuestro trabajo y el mar en los modernos chats con la misma facilidad con la que antes lo hacíamos en la lonja. Hemos llegado, incluso a traspasar fronteras, y de vez en cuando nos llegan noticias de compañeras de faenas de América, de Dinamarca e, incluso, de Yarmouth, poniéndonos al día de sus cosas. ¿Quién me iba a decir a mí que, décadas después de abandonar la ciudad costera que me vio nacer, volvería a sentirme vinculada a ella gracias a una pantalla y unas teclas?

Mis huesos estaban en lo cierto y, sin previo aviso, el mar se apacigua lo bastante como para que podamos atacarlo. Me armo con la rasca, trepo hasta una de mis rocas favoritas y anclo los pies con firmeza al perfil irregular de la piedra. Me siento, de pronto, como si fuera un Poseidón bajito, con mi tridente en ristre, flanqueada por olas que restallan contra mi cuerpo en una confusión de agua, espuma y sal. Algunas hebras de cabello blanco escapan del gorro que me he ajustado a la frente como si me fuera la vida en ello y danzan ahora con el viento en un baile tribal y antiguo. Y sé que esta sensación jamás me abandonará. La sensación de comulgar con el mar, de confundirme con él, sin llegar a domarlo, porque el mar es un amante traicionero, imposible de conocer plenamente aunque una pase la eternidad recostada sobre su torso.

Y pienso que no importa que hoy sea mi último día como percebeira oficial, porque sé que, en realidad, yo siempre seré percebeira. Como el de las redeiras, este es un oficio que se lleva en la sangre, lo mismo en los hombres que en las mujeres.

Golpeó con precisión con mi rasca en la roca cubierta de agua. Apalanco con fuerza la piña de percebe y recojo el premio. Sonrío. Es un hermoso ejemplar para comenzar la jornada.